

John R. McNEILL

Algo nuevo bajo el sol. Historia medioambiental del mundo en el siglo XX

Madrid, Alianza Editorial, 2003, 504 pp.

Algo nuevo bajo el sol es ante todo un gran texto de historia (tal como señaló Eric Hobsbawm al considerarlo el libro más original que había leído en el año 2000, cuando apareció la primera edición inglesa). Destinado a convertirse rápidamente en un clásico ineludible de la historia del siglo XX —completando, entre otros, el magnífico *Age of Extremes* del propio Hobsbawm—, su mayor virtud es haber eludido el confinamiento en una mera especialización “sectorial” o “temática”, generalmente considerada de tono menor.

Esa apuesta por escribir sin ambages un gran libro de historia mundial ha sido, sin ningún lugar a dudas, una opción deliberada. En las “confesiones de un historiador” del prefacio, John R. McNeill considera que el suyo es un libro *antropocéntrico*, que “trata de los seres humanos y el medio ambiente” sin olvidar nunca que “los cambios medioambientales suelen ser buenos para unos y malos para otros” (pp. 27-28). “Al abordar estos temas me propongo igualmente convencer al lector —afirma— de que la moderna historia medioambiental del planeta y la historia socioeconómica de la humanidad sólo adquieren sentido pleno contempladas conjuntamente” (p. 24). Y en los párrafos finales de la conclusión nos dice que “la enormidad del cambio ecológico en el siglo XX indica con claridad que, al menos en la época moderna, la historia y la ecología deben tenerse en cuenta mutuamente y de forma adecuada. Una historia moderna escrita como si los sistemas de sustentación de la vida en el planeta fueran estables, y sólo aparecieran en el trasfondo de los asuntos humanos no es sólo incompleta sino engañosa. Una ecología que desdeñe la complejidad de las fuerzas sociales y la dinámica del cambio histórico adolece de las mismas limitaciones.” (p. 432).

Como cualquier buen libro de historia, *Algo nuevo bajo el sol* nos expone hechos certeros, no meras presunciones ideológicas, para situarlos con rigor en la trama del proceso que los ha generado y les da sentido. Lo cual no significa que los datos en bruto se ofrezcan por sí solos a la interpretación del autor, ni tampoco que éste deba esconder sus propios valores o carecer de ellos. Entre las “confesiones de historiador” John R. McNeill incluye ésta: “Allí donde sea posible, intentaré explicar para quién (o para qué) ha sido bueno o malo un determinado fenómeno. Y en el caso de que haya sido malo para casi todas las formas de vida, abandonaré cualquier esfuerzo por mostrar una indiferencia olímpica y lo calificaré de degradación, expolio, destrucción o algo similar” (p. 28). Sin embargo, y como cualquier libro de historia escrito con la ambición de llegar a un público amplio, la trama interpretativa permanece en segundo plano dejando la primacía textual a los hechos fundamentales.

El propio McNeill resume así su argumento: “En las páginas siguientes pretendo convencer al lector de la verdad de varias proposiciones relacionadas. En primer lugar, de que el siglo XX no fue normal en cuanto a la intensidad del cambio y la importancia decisiva del esfuerzo humano en provocarlo. En segundo lugar, de que esa peculiaridad ecológica es la consecuencia no intencionada de ciertas preferencias y pautas sociales, políticas, económicas e intelectuales. En tercer lugar, de que nuestros modelos de pensamiento, comportamiento, producción y consumo están adaptados a nuestras circunstancias actuales —es decir, al clima de hoy (y la actual biogeoquímica global), a la abundancia de energía y agua dulce baratas en el siglo XX, al rápido crecimiento demográfico, y al crecimiento aún más rápido de la economía—. En cuarto lugar, de que si se produce un cambio en nuestras circunstancias, no será fácil adaptar esas preferencias y pautas. [...] Pero nuestra adaptación en el siglo XX, nuestro comportamiento moderno, incrementa la probabilidad de que nuestras actuales circunstancias no tarden en cambiar [...]” (pp. 23-26).

Todo lo cual conduce al siguiente resultado: “Hemos creado un régimen de trastorno ecológico incesante. [...] El régimen de trastorno permanente es un subproducto accidental de miles de millones de ambiciones y esfuerzos humanas, de la evolución social inconsciente” (p. 26). ¿No ha sido, sin embargo, el trastorno ambiental un rasgo característico de gran parte de la historia humana? ¿Dónde residiría entonces la novedad específica del siglo XX? McNeill precisa algo más su argumento en el epílogo: “Resulta imposible saber si la humanidad ha entrado en una auténtica crisis ecológica. Está suficientemente claro que, desde un punto de vista ecológico, nuestras actividades son actualmente insostenibles, pero no podemos saber durante cuánto tiempo podemos seguir manteniéndolas o qué podría ocurrir si lo hacemos. En cualquier caso, desde los albores de la agricultura la historia humana está repleta de sociedades insostenibles, algunas de las cuales se desvanecieron mientras que muchas otras cambiaron de comportamiento y sobrevivieron. Al cambiar no optaron por formas sostenibles sino por otro tipo nuevo y diferente de formas insostenibles. Tal vez podamos amontonar, por así decirlo, uno sobre otro indefinidamente toda una serie de regímenes insostenibles realizando grandes y pequeños ajustes para evitar el colapso, como ha hecho China durante sus «3.000 años de desarrollo insostenible». [...] Sin embargo, es posible que una sociedad insostenible a escala mundial sea un asunto completamente distinto, y que lo que hizo China durante milenios no pueda hacerlo el mundo entero por mucho tiempo. [...] Es imposible saberlo con seguridad; y en el momento en que lo sepamos, será demasiado tarde como para hacer gran cosa al respecto” (p. 428).

Esa incertidumbre es la otra cara de nuestra libertad de opción. Pues sea cual sea su final, se trata de un proceso abierto en el que todavía es posible elegir y actuar. Para eso se escriben libros como éste, destinados a repensar la trayectoria

del siglo XX que nos ha conducido hasta aquí. Como todo buen libro de historia, el de McNeill no pretende moralizar. Busca comprender, hacer un poco más consciente aquel proceso social inconsciente que nos ha llevado por caminos no intencionados hasta los grandes desafíos socioambientales del presente.

Más allá de esa escueta presentación del argumento central, carecería de sentido pretender resumir aquí unos datos fundamentales que el lector o la lectora pueden encontrar por sí mismos en un libro de consulta inexcusable para cualquier profesional de nuestra disciplina. Tiene, en cambio, cierto interés analizar brevemente la manera como John R. McNeill construye su interpretación histórica, y algunos de los supuestos explícitos e implícitos que adopta. *Algo nuevo bajo el sol* es una historia *mundial* del siglo XX escrita en clave económico-ecológica (o socioecológica, como se prefiera). Su principal novedad está en esa *globalidad* que no se conforma con exponer sólo un aspecto, una dimensión, o una trayectoria regional. A esa escala, a la vez planetaria y multidimensional, quizá los únicos precedentes claros de una obra como ésta sean los dos famosos simposios interdisciplinarios de 1955 y 1987 sobre la transformación de la Tierra por la acción humana (Thomas, W. Jr. y otros, *Man's Role in Changing the Face of the Earth*, 1956; y Turner, B. L. y otros, *The Earth As Transformed by Human Action*, 1990). Pero en ambos casos los textos editados se limitaron a yuxtaponer las contribuciones temáticas o regionales de distintos especialistas, cuyas colaboraciones adoptaban diversas perspectivas. El resultado conjunto fue, como era de esperar, el predominio de unos enfoques bastante descriptivos o parciales de aquellos procesos históricos cuyas fuerzas motoras quedaban sin identificación precisa.

Para superar ese estadio de elaboración se requerían al menos dos cosas: reunir una masa crítica suficiente de conocimientos, pacientemente acumulada por distintos especialistas en la materia, y darle la consistencia necesaria mediante un armazón interpretativo coherente y bien razonado (unos requisitos cuya carencia había hecho fracasar, como producto intelectual, otros intentos anteriores demasiado temerarios como, por ejemplo, la *Historia verde del mundo* de Clive Ponting). John R. McNeill es hijo del también historiador William H. McNeill —autor, entre otros, de *The Rise of the West*, *The Pursuit of Power* y *Plagues and Peoples*—, con quien ha publicado recientemente *The Human Web* (Norton, Nueva York, 2003). También es heredero, en un sentido más amplio, de la labor colectiva de toda una veterana historiografía ambiental estadounidense. Quizá también por eso ha logrado en *Algo nuevo bajo el sol* reunir aquellas dos condiciones en una obra madura y convincente.

La cantidad y variedad de ejemplos significativos empleados es ciertamente notable, aunque al tratarse de un libro de síntesis de historia mundial la lista de casos regionales siempre habrá de resultar de por sí incompleta. Lo decisivo es la segunda condición: el argumento general para el que los ejemplos devienen una

ilustración. Tras una breve presentación inicial de las tendencias más significativas del crecimiento económico, la población mundial y el consumo de energía a largo plazo, el armazón interpretativo construido por John R. McNeill comienza por situar pormenorizadamente los impactos de la minería, la industria, las ciudades o el transporte en la litosfera y los suelos, la polución atmosférica local, y la contaminación regional o directamente planetaria de la atmósfera terrestre. A continuación, analiza los efectos de las extracciones y vertidos contaminantes sobre el ciclo del agua, tanto en ríos y lagos como en acuíferos, estuarios, deltas, aguas litorales, mares y océanos. El inventario de impactos termina finalmente con los efectos sobre la diversidad biológica de los cambios de uso del territorio, la pesca o el fomento intencionado o no de grandes bioinvasiones.

Estos siete capítulos se agrupan en una primera parte titulada *La música de las esferas*, una irónica evocación pitagórica que no pretende reconstruir en detalle la interferencia humana en todos y cada uno de los ciclos biogeoquímicos que constituyen la trama de la vida en la Tierra, sino situar tan sólo el alcance de su impacto global (dirigiendo a quienes estén interesados en mayores honduras al volumen de 1990 editado por B. L. Turner, antes citado). La parte segunda, que viene a continuación, lleva por título *Los motores del cambio*, y analiza los mecanismos demográficos, tecnológicos, energéticos, políticos e intelectuales que han inducido aquellos impactos ambientales inventariados.

Evidentemente es ahí donde reside el núcleo interpretativo del argumento propuesto por John R. McNeill. El planteamiento de fondo remite en cierta forma al “modelo” o esquema denominado *IPAT* (según el cual el impacto ambiental global I , es una función compleja del volumen de población P , su nivel de consumo A —de *affluence*—, y la tecnología T , empleada para suministrarlo). Pero, tal como ha ocurrido a menudo entre los ecólogos y economistas que se han servido de esa fórmula, la clave explicativa siempre acaba residiendo en el distinto peso relativo atribuido a cada conjunto de variables, y en el modo operativo de relacionarlas. Por ejemplo, la manera como John R. McNeill trata la dimensión demográfica se aleja —de forma muy notable y conveniente, a mi modo de ver— de cualquier rígido esquema neomaltusiano. Tal y como ya había explicado en su anterior libro *The Mountains of the Mediterranean World* (Cambridge U. P., 1992), su punto de partida es que la transformación humana del territorio tiene efectos ambientales intrínsecamente ambivalentes. Dependiendo de los contextos, tanto pueden resultar beneficiosos como perjudiciales desde el punto de vista de la capacidad de sostén de los propios seres humanos y las demás especies. Eso significa que para cada uso específico de los recursos del territorio existe un umbral máximo de población compatible con su sostenibilidad económica y ambiental, y también *un nivel mínimo* de población necesario para mantener organizado dicho sistema territorial.

La degradación ambiental puede sobrevenir, por tanto, a consecuencia de unas densidades que excedan la capacidad de sostén de las tecnologías y sistemas empleados para satisfacer un determinado nivel de necesidades humanas; pero también por la retirada de una intervención imprescindible para mantener organizado el entorno, cuando las densidades de población devienen demasiado bajas. Tanto en un caso como en el otro, la respuesta deberá consistir en una modificación adaptativa de las otras variables de carácter tecnológico y económico. El corolario de todo ello es que la demografía *cuenta*, pero sólo en la medida en que establece un contexto específico, dentro del cual son posibles varias formas de producir, consumir y vivir. Si se adopta una perspectiva histórica suficientemente amplia, en muchos ejemplos contemporáneos se comprueba que “la deforestación [...] se produjo en condiciones de crecimiento, de estancamiento y hasta descenso demográfico” (pp. 333-334). “El crecimiento demográfico, considerado a menudo causa principal de los trastornos del medio ambiente, sólo encaja, probablemente, en esa descripción bajo ciertas circunstancias concretas” (p. 295).

En vez de en el tamaño absoluto de la población, John R. McNeill pone el acento en el crecimiento urbano y las grandes migraciones del siglo XX. La *huella ecológica* derivada del metabolismo que sostiene a las ciudades y megalópolis del mundo le parece, entre todos los factores directamente relacionados con la demografía humana, el más determinante para la escala de los impactos ambientales acumulados en esa centuria. “Las ciudades habían dominado durante muchos siglos la vida política y la alta cultura, pero en el siglo XX se convirtieron en el hábitat común de la especie humana. Ese cambio remodeló las propias ciudades, que crecieron en extensión y evolucionaron hasta ser combinaciones nuevas de materiales, energía y residuos” (p. 355).

Lo cual conduce directamente hacia los dos grandes motores del cambio ambiental del siglo XX: el crecimiento económico, con sus pautas tecnológicas; y muy especialmente el régimen energético que le sirve de base. “Las trayectorias fuertemente trabadas de la energía, la tecnología y la economía ejercieron conjuntamente una influencia primordial en la historia medioambiental del siglo XX, pero estuvieron vinculadas menos estrechamente a las tendencias de la demografía y la urbanización. Y a menudo mantuvieron fuertes lazos con corrientes ideológicas y políticas que ayudaron a suscitar y que contribuyeron, a su vez, a crearlas” (p. 389). “Un cambio medioambiental de las proporciones, intensidad y variedad de que fue testigo el siglo XX requiere múltiples causas que se refuercen mutuamente. La causa inmediata más importante fue el enorme impulso de actividad económica sustentado por largos periodos de auge en el consumo energético y el desarrollo demográfico. Las razones para que el crecimiento económico tuviera las repercusiones medioambientales que tuvo se hallaban en la historia tecnológica, ideológica y política del siglo XX. Todas esas historias —concluye McNeill— (y algunas

más que he pasado por alto) se influyeron mutuamente; también determinaron la historia del medio ambiente y, en cierta medida, estuvieron determinadas por ella” (p. 425).

Establecer *esa medida* con mayor precisión supone un programa de investigación que va más allá de una obra de síntesis como ésta. Si hubiera que destacar uno entre los varios motores del cambio ambiental considerados en *Algo nuevo bajo el sol*, la primacía explicativa recaería sin duda en el consumo de energía. Para su autor, el carácter del sistema energético mundial ha jugado un papel central en los trastornos ecológicos del siglo XX. No es de extrañar que el propio John R. McNeill considere los estudios ecológico-económicos en curso sobre los flujos del metabolismo social uno de los campos más prometedores de la joven historia ambiental en la “vieja” Europa.

Enric Tello

Universitat de Barcelona